

2022

## La trascendencia del Yo en el origen de la obra auténtica. Exploración de La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera de Fernando González Ochoa

Fredy Torres Pérez  
*Universidad de La Salle, Bogotá*, [ftorres25@unisalle.edu.co](mailto:ftorres25@unisalle.edu.co)

Follow this and additional works at: [https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia\\_letras](https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras)



Part of the [Philosophy Commons](#)

---

### Citación recomendada

Torres Pérez, F. (2022). La trascendencia del Yo en el origen de la obra auténtica. Exploración de La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera de Fernando González Ochoa. Retrieved from [https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia\\_letras/668](https://ciencia.lasalle.edu.co/filosofia_letras/668)

This Trabajo de grado - Pregrado is brought to you for free and open access by the Departamento de Filosofía, Arte y Letras at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Filosofía y Letras by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

La trascendencia del Yo en el origen de la obra auténtica  
Exploración de *La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera* de Fernando González  
Ochoa

Fredy Torres Pérez

Trabajo de Grado para optar al título de:  
Profesional en Filosofía y Letras

Directora:  
Alejandra Olarte Fernández

Programa de Filosofía y Letras  
Departamento de Filosofía, Arte y Letras  
Facultad de Humanidades y Estudios Sociales

Bogotá D.C. 2022

## TABLA DE CONTENIDO

<b>Introducción.....</b>	<b>3</b>
<b>Capítulo I: Del contexto del certamen y del escenario narrativo y estético de la Tragicomedia.....</b>	<b>6</b>
¿Quién narra la Tragicomedia del padre Elías?.....	6
La Presentación y Contexto de la Tragicomedia.....	9
La Carta que invita al Certamen o el Contexto a una Crítica y Estética Literaria.....	12
<b>Capítulo II: De la configuración y descomposición del Yo.....</b>	<b>20</b>
Las Coordenadas y el Pecado Original: la configuración del Yo.....	22
El Entendiendo, la Inteligencia o el Espíritu: La Descomposición y Superación del Yo..	26
<b>Capítulo III: El <i>Entendiendo</i> y el Budismo Zen: Un diálogo sobre la superación del Yo.....</b>	<b>34</b>
<b>Bibliografía.....</b>	<b>45</b>

## INTRODUCCIÓN

*La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera*, fue publicada en dos tomos en 1962 y se constituye junto a *El Libro de los Viajes y las Presencias* (1959), como las obras de su madurez, tras un silencio literario de diez y ocho años sin publicar. Henao (1989) refiere que el maestro González “de ambas decía que habían sido escritas por la Inteligencia y no por el yo” (p. 223).

Estas obras poseen una riqueza filosófica acentuada en la exposición de las vivencias que reflexiona y orienta a través de un conceptualizar que se burla de su propia acción y recrea nuevos conceptos para explicarlos desde la creación literaria. Así y como es característico en la mayoría de su obra, la delgada línea entre literatura y filosofía se disuelve entre los que intentan concebir sus obras como literarias y los que intentan percibir sus obras como filosóficas. Frente a esto Marín (2016) afirma que:

En la obra de Fernando González, la filosofía y la literatura son discursos complementarios que dan forma a su pensamiento, pero cada uno guarda diferencias que se reservan para sus formas particulares y que le permiten aprovechar sus respectivas ventajas y características expresivas. (p.3)

Para Macías (1999) en su estudio sobre la estética en la obra de González describe su estilo refiriendo que:

Fernando González fue un escritor preferiblemente de novelas o ensayos novelados, a quien, por su intensa contradicción con el espíritu de su época, se le ha negado la opción de una lectura serena, que permita apreciar en su justa medida el valor de sus ficciones, de su prosa vigorosa y de sus proposiciones éticas. (p. 47)

Determinamos así que el contexto de sus obras afirma una hibridación implícita en su creación dada por el carácter filosófico y literario impreso en su reflexión y escritura, evidenciando a su vez el carácter humanista, intertextual y crítico de sus creaciones al desvanecer la frontera entre Literatura y Filosofía. De esta manera, su última obra publicada en vida y objeto de estudio de esta monografía, trasciende no solo esas fronteras conceptuales, sino que se ubica en un más allá que conecta la vida misma con una forma de ser, existir y percibir la realidad, los fenómenos de la vida y la creación literaria.

Su hilar argumentativo y filosófico sobre estos asuntos es posible a través de la dimensión ficcional que provee la Literatura, permitiendo proyectar e imprimir su intelecto en el universo literario que configura la tragicomedia y que permite ese oscilar entre la vivencia y la ficción, entre la reflexión filosófica y la creación artística. Así, el análisis planteado en esta monografía sobre la trascendencia del Yo como concepción filosófica de la existencia, se hace no solo vivencia en González a través de su protagonista, sino también crítica y estética literaria en cuanto a la forma como el artista crea su obra.

Así, la motivación y objetivo de esta monografía es acercarse a *La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera*, obra de sus años maduros, indagando quizá la síntesis de su pensamiento y búsqueda por lo auténtico, o si existiere cierto mensaje conclusivo a su quehacer reflexivo, filosófico y literario en su creación artística. También, el de seguir descubriendo ese su espíritu contrapuesto a la modernidad del siglo XX que vivió y que fracturaba lo humano y las sociedades en medio de los aconteceres de guerra y posguerra, de tradiciones políticas y religiosas radicales pero vacías; de proyectos de sociedades autómatas que despojaban la identidad individual para entregar sujetos desnudos a la masificada evolución de lo industrial, configurando espíritus cada vez más enajenados de sí y de lo humano. Aquí reposa la vigencia de

su obra para Colombia, Latinoamérica y quizá para el mundo, tan mezquinamente reposada en los anaqueles del tiempo y de la historia de Colombia.

De esta manera, planteo un estudio textual detenido de la *Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera*, abordándola desde las temáticas de la superación del Yo como posibilidad de la creación artística y como fundamento de la realización de una existencia auténtica. Así, no solo tal abordaje se centrará en los procesos narrados en los protagonistas de la *Tragicomedia*, sino que también y a través de una lectura cuidadosa o *Close Reading* me acerco críticamente a esa estructura estética en Fernando González que permite hacer de la vida el arte y de la creación artística una experiencia vital donde ya no se imita o se imagina, sino que la ficción toma como espejo la forma de la vida reflejada sobre sí.

Así, en el primer capítulo se encuentra un análisis sobre el contexto y estructura narrativa y estética de la *Tragicomedia*, que busca despejar la crítica que allí se halla a la creación artística. En el segundo capítulo disertaré sobre la condición de superación del Yo como posibilidad de una realización auténtica de la existencia. En el tercer capítulo establezco un diálogo sobre la superación del Yo entre los conceptos recreados por González y la práctica Zen del Budismo, en tanto coincidentes a una existencia humana que tras superar la naturaleza racional del Yo encuentra la posibilidad de la Iluminación y del encuentro de Dios o la Divinidad como auténtica manera de existir.

## Capítulo I: Del Contexto del Certamen y del Escenario Narrativo y Estético de la *Tragicomedia*

### ¿Quién narra la Tragicomedia del padre Elías?

La realización de la tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera es posible a través de la narración de tres personajes principales: Fabricio Sacristán, El Padre Elías y Fernando González. No quiere esto restar importancia a los diferentes personajes que intervienen en el universo de la tragicomedia, solo llamar la atención al juego de voces narradoras que construyen el relato y dan la veracidad a la narración misma. De esta manera se elabora una construcción de alter egos del autor donde este se identifica plenamente con ellos y es característico en la obra de González. Al respecto Robb (1989) apunta que

Nuestro propósito actual es el de ver si llegamos a definir las cualidades de novelística innovadora observadas por Thornton Wilder, que culminarían en la última obra de FG, La tragicomedia del Padre Elías. Por el camino notaremos afinidades de Fernando González, el "agonista colombiano," con don Miguel de Unamuno, quien se había ex- clamado:

Porque ¿quién soy yo mismo?... Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas... [Unamuno, Tres novelas ejemplares y un prólogo, 3a. ed., Bs. Aires: Col. Austral, 1943, p. 19]

Así Fernando González seguirá siendo "uno de sus agonistas" a través de todos sus libros, en la persona sucesiva de sus socios Lucas de Ochoa, Manuelito Fernández, el Padre Elías, o don Manjarrés, el "Maestro de escuela." (p. 169)

Encontramos en este análisis, el señalamiento a una dinámica permanente en la obra de González por la construcción de un alter ego que permite proyectar a través de la voz narrativa

de sus personajes sus propias reflexiones y vivencias. Se establece así, un doble juego entre la identidad y el distanciamiento del autor y sus personajes, permitiendo hablar de su experiencia vital desde la ficción de sus héroes; Marín (2016) señala en su análisis a la obra de González en el cual busca relacionar los conceptos de *confesión* y *autoficción* que:

Específicamente, la confesión y la autoficción como géneros de expresión del yo íntimo se integran a la forma novelesca creada por Fernando González para llevar a cabo su proyecto de constitución de un individuo autónomo. Tanto la confesión como la autoficción intentan conectar con la intimidad del autor, mediada por la forma literaria, y con la de un lector que esté dispuesto a revivir la experiencia narrada y a transformar la interioridad propia. (p. 4)

Así, no solo se permite González hablar de su experiencia vital y procesos reflexivos desde un “otro”, sino que también posibilita en este juego estético un acercamiento más profundo y transformador en el lector que revive en su lectura el yo íntimo del autor. Por eso es que Marín (2016) afirma en su estudio que

González se nombra a sí mismo en sus textos con el objetivo de señalar su transformación como sujeto, de ponerse a sí mismo como ejemplo de una verdad vivida y no aprendida; dicha transformación se logra a través de la objetivación de un González personaje en otros sujetos. (pp. 48-49)

De esta manera se hace posible entonces, que las vivencias, experiencias, contradicciones y diferentes procesos narrados a través del universo ficcional de la Tragicomedia evidencien con mayor acentuación la conciencia del autor. El padre Elías narra sus vivencias y reflexiones a través de apostillas que hace en su vieja biblia; sin embargo es Fabrico Sacristán quien las toma para crear la Novela que le permita ganar un certamen místico literario; Fernando González es



pues el editor y comentarista de la novela que pretende Fabricio, ¿quién construye entonces la narración que es la Tragicomedia del Padre Elías? ¿El padre Elías, Fabricio su Sacristán o Fernando González quien edita, presenta y comenta? Aquí más que en otras obras el juego del alter ego toma una dimensión más amplia en la medida que Fabricio es alter ego del Padre Elías y este a su vez alter ego de Fernando González; pareciera como si el mismo González quisiera hacer énfasis en la posibilidad literaria que configura este estilo al evidenciar de manera directa estas relaciones entre un personaje y otro; posibilidad que permite diálogo, dialéctica y distancia entre sus héroes y su realidad.

González personaje, a veces, puede asumir otros nombres diferentes al propio para introducirse en el relato como analista de la vida de otro; a través de él se despoja de facetas de su yo que le impiden “ascender en conciencia”. El autor que se trata a sí mismo como un personaje busca un distanciamiento de sí mismo pero, sobre todo, de su realidad. (Marín, 2016, p. 11)

Configurándose así, una identidad que revela la conciencia del autor en sus personajes alter ego precisamente en el distanciamiento entre su realidad y la ficción narrada, pero que sin embargo son posibles a través de la realidad y vivencias registradas en el yo íntimo de Fernando González Ochoa.<sup>1</sup> Es decir, la identidad establecida con sus alter ego permiten acercarse al pensamiento del autor sin entrar directamente en la realidad de este; solo se hace evidente en el personaje ficcional la vivencia de F.G.O. para darle la certeza y veracidad de la acción, sin que lo ficcional toque la vida real del autor. ¿Desaparece así la figura del autor como narrador? Quizá solo nos enfrentamos a una estética literaria que da muerte al autor en la medida y posibilidad de

---

<sup>1</sup> A partir de este momento al referirse a Fernando González Ochoa se hará con las iniciales F.G.O.

hacerlo un personaje más, de engrandecer las vivencias y las acciones narradas por encima y más allá del propio narrador.

### **La presentación y contexto de la Tragicomedia**

Se presenta la obra como una Trilogía Agonística. El carácter de trilogía lo hace la composición en tres actos; sin embargo, puede también referir a la triada de yoes o voces que narran la ficción y que están implícitos en las acciones del drama. Esto se deduce del adjetivo que se le da a la trilogía: “Agonística”, es decir que ese *agonista* refiere desde el sentido estricto de la literatura “al personaje que es totalmente antagónico a otro, que se enfrenta a ese otro” (Pérez y Merino, 2015). También esa “agonística” que funciona como adjetivo de la tragicomedia puede referir al momento antes de la muerte; de aquí que las palabras *agonista* y *agonía* provengan del mismo vocablo griego “*agonistes*” que se traduce como lucha (2015). Es decir, que en la presentación como “Trilogía Agonística” (González, 1962), podemos comprender no solo la lucha entre personajes opuestos sino también la lucha por la vida antes de morir. Aquí se nos antecede la muerte como parte de un proceso de superación que pretende reafirmar la vida, y que con el desarrollo del análisis pondremos de manifiesto en tanto muerte del autor como voz narrativa y muerte del yo que configura la personalidad del Padre Elías.

La dedicatoria del texto a Fernando Rojas de Montalbán y a Jean Paul Sartre son referentes de carácter literario el primero y filosófico el segundo, permitiendo un contexto relacional entre filosofía y literatura característico en la obra de F.G.O. El referente literario Rojas de Montalbán establece una alusión directa a la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* y lo que la misma pueda representar dentro del universo de la literatura en lengua hispana. Mientras

que el referente a Sartre sin duda alude a la construcción existencialista de la vivencia y del Yo.

Henao (1988) afirma que:

*La tragicomedia...*, por haber sido concebida como versión andina de la similar española de Calixto y Melibea, está dedicada en primer término al autor de ésta, Fernando de Rojas y Montalbán. Pero deseoso de reconocer los valores del existencialismo, en el primer tomo incluye también como destinatario al escritor francés Sartre. (pp 223 – 224)

El escenario de la Tragicomedia se elabora a través del Prólogo de esta, en la voz narrativa heterodiegética de Fernando Gonzáles quien funciona como editor de la misma, y como narrador informante en tercera persona relata la mañana en que Fabricio Sacristán, “ídem y acompañante de toda la vida del Padre Elías” (González, 1962, p. 11), ha ido a bañarse al río Cañafistol, y al pasar por una tienda llamada La Fe y la Esperanza “le entregaron a Fabricio una carta muy vieja, venida de Salónica. Era de unos sabios judíos, sefarditas cristianos, entre los que vive hace tiempos Lucas de Ochoa, quien estuvo algún tiempo en Entremontes y conversó con Fabricio” (González, 1962, p. 11).

De esta manera, podemos establecer que Fabricio Sacristán es el “acompañante de toda la vida del Padre Elías”, pero también es *ídem*, es decir el mismo padre Elías, revelándonos una primera noción identitaria entre estos personajes. Así, F.G.O. establece un juego de desdoblamiento entre los protagonistas que mantienen una unidad de identidad evidente al afirmar que Fabricio es ídem del padre Elías y su acompañante de toda la vida.

Podemos encontrar de nuevo la evidencia de una manera más amplia, en la medida que el mismo F.G.O. queda vinculado a este juego de coincidentes identidades al afirmar: “Diremos que Fabricio Sacristán que es entremontesino, nacido el mismo año que el Padre Elías, 1895, abril 24, mes y día en que nacieron Shakespeare y Cervantes, de cuyos horóscopos hubo

indudablemente su amor a la novela” (González, 1962, p. 15). La fecha 24 de abril de 1895 corresponde al nacimiento de F.G.O. elaborando desde su fecha de nacimiento el hilo identitario entre Fabricio, el padre Elías y él mismo; pero a su vez, pretende establecer identidad y relación entre la fecha de nacimiento de Shakespeare (26 de abril), la muerte de Cervantes (22 de abril) y su predisposición por la creación de obras literarias. Cabe resaltar que estableciendo tal relación, la fecha de Cervantes no es de su nacimiento sino de su muerte, advirtiendo, como se analizará en el desarrollo de la tragicomedia, que la muerte también representa la posibilidad de volver a nacer; así, Cervantes con su fecha de fallecimiento es apertura y nacimiento a la fecha homenaje al día del idioma español.

La carta que es entregada a Fabricio Sacristán viene de Salónica, enviada por “unos sabios judíos sefarditas cristianos” (González, 1962, p. 11). Aquí pueden tejerse relaciones que rodean implícitamente un argumento que tiene que ver con el conocimiento antiguo, en las referencias a Salónica, ciudad de la antigua Grecia y la comunidad judía expulsada en 1492 por el reino de Aragón en la península Ibérica; los sefarditas o sefardís refiere a los “descendientes de los judíos expulsados de la Península Ibérica a finales de la Edad Media, que en su diáspora formaron comunidades en diversos países de Europa, el Mediterráneo Oriental y el Norte de África”<sup>2</sup> (Sefardiweb, sin año).

De esta manera, se teje un fondo que pretende fortalecer la importancia intelectual de quién remite la carta a Fabricio, y de nuevo establecer una correspondencia con la cultura e historia española. Recordemos que ya se establece una primera referencia que hace a Fernando de Rojas de Montalbán en su dedicatoria, afianzando la relación a la Tragicomedia de Calixto y Melibea y lo que esta representa en la tradición literaria hispánica.

---

<sup>2</sup><http://www.proyectos.cchs.csic.es/sefardiweb/node/8#:~:text=En%20esta%20web%2C%20utilizamos%20el,y%20el%20Norte%20de%20C3%81frica.>

Además, F.G.O. en su último cargo diplomático como cónsul en Bilbao entre 1954 y 1957, tuvo la oportunidad de acercarse a la cultura española; Henao (1988) refiriéndose a la estancia de González en esta ciudad española, afirma que:

Convertido en el centro de sus actividades, desde allí se movilizaba hacía sus lugares preferidos del interior: Ávila y Loyola; y allende las fronteras, recorrió territorios de Francia, Suiza, etc. (...) En cuanto a la cultura española, su predilección de entonces se inclinaba por el Quijote y El Diálogo de los Perros, La Celestina, El Lazarillo de Tormes, El Libro del buen amor... y por Cervantes, el Arcipreste de Hita, Fernando de Rojas y el sefardita cristiano, descendiente de éste, Abraham de Rojas y Ochoa. (pp 210 – 211)

Así, se proyecta al menos 3 años de la vida ya madura de F.G.O. en la que se dispuso al conocimiento detenido de la cultura y literatura española, de la que podemos inferir cierta intención por acercar su Tragicomedia a esta tradición y desde la cual provee un sustento cultural y antiguo al universo ficcional de la obra del padre Elías a partir de su vivencia, estudio y acercamiento a la tradición literaria española.

### **La Carta que invita al Certamen o el Contexto a una Crítica y Estética Literaria**

De nuevo en “la carta”, el contenido de la misma hace referencia a un concurso o “certamen para premiar la mejor tragicomedia de LA VIDA. El premio será un viaje a vivir con los Padres Antiguos” (González, 1962, p.12). Este apartado enmarca el contexto sobre el cual se desarrollará la Tragicomedia, así como también la intencionalidad y relación estética que pretende develar esta monografía, pues en la realización y construcción de una tragicomedia que pretende concursar en un certamen, se haya implícita una crítica a la configuración de la obra

literaria en tanto obra de arte auténtica, es decir, en la configuración de la obra de arte que no simula o imita.

Esta crítica al quehacer literario se hace evidente en la tragicomedia cuando se afirma que “el padre Elías era el hombre que sabía más de LA NOVELA, tanto, que su gran anhelo era el acabar con las novelas, para que cada uno estuviese atento a LA NOVELA” (González, 1962, p.13).

Se revela entonces, la intención del padre Elías de “acabar con las novelas” en una dinámica que referencia a la crítica de éstas en la posición del estar atento a una verdadera NOVELA. El apartado también establece un juego entre la novela en mayúscula y la novela en minúscula, diferenciando entre una novela verdadera y otros relatos, lo cual se afianza en la NOVELA con mayúsculas y las novelas en minúscula. Frente a este aspecto, Robb (1989), afirma que:

Aquí vemos iniciarse la preocupación por “LA NOVELA” (en mayúscula) versus “la o las novelas” (en minúscula) y al mismo tiempo la coincidencia del concepto de LA NOVELA con LA VIDA (en mayúscula), versus “la novela o engañosa imitación de la vida. (p. 175)

Esta preocupación acusa de manera directa a una crítica literaria que cuestiona lo que entendemos por Novela y Literatura en relación con la imitación de la vida. Así, establece una relación de identidad entre LA VIDA y LA NOVELA en mayúscula; en tanto el certamen premiará “la mejor tragicomedia de LA VIDA” (González, 1962, p. 12); contrario a la novela en minúscula como “engañosa imitación de la vida” (Robb, 1989, p. 175). Es decir que la verdadera NOVELA es directamente proporcional a una vida auténtica, correspondida por el valor de verdad y certeza que se halla en ella, por eso LA VIDA en mayúscula; la vida que no es

imitación de la vida es LA NOVELA, configurándose así el valor de autenticidad en la obra literaria que es dada por los valores de verdad y certeza de la vivencia que representa y que jamás imita.

Es de tener en cuenta que el contenido de la carta aparece narrado en primera persona, en la voz de los remitentes que son los sabios sefarditas de Salónica, los cuáles envían el mensaje a Fabricio porque:

El Lucas de Ochoa, que mora entre nosotros, dícenos que cuando eso de la sacristía, sospechó que vuestra merced era el que daría la versión andina de La Tragicomedia de Calixto y Melibea de que hoy tiene necesidad la gente. En fin, ¿entiende vuestra merced? Si no entendiere, vuestra Merced no es el mismo que enantes vivió en Montalbán.  
(González, 1962, p.12)

Este apartado establece dos conexiones interesantes con relación a la Tragicomedia de Fernando de Rojas: “(...) vuestra merced era el que daría la versión andina de La Tragicomedia de Calixto y Melibea de que hoy tiene necesidad la gente” (González, 1962, p.12); funciona como argumento que respalda el certamen, anunciando la necesidad presente que existe en la sociedad por una obra grandiosa que refleje de manera vivencial el drama de la vida, y que desde la voz de los remitentes de la carta predestinan que: “Si no entendiere, vuestra Merced no es el mismo que enantes vivió en Montalbán” (González, 1962, p.12).

Así queda en evidencia imprescindible entender que hay una intención manifiesta por establecerse una equivalencia o cierto paralelismo entre Fabricio Sacristán de Entremontes y Fernando de Rojas de Montalbán; entre la Tragicomedia del padre Elías y la Tragicomedia de Calixto y Melibea, a través de la vivencia implícita que se encuentra en el drama de lo narrado, es decir, ya no como drama imitado, sino como drama que es vivencia misma. De igual manera,

la relación del “Si no entendiere, vuestra Merced no es el mismo que enantes vivió en Montalbán” con las visitas que realizó F.G.O a estos lugares a finales de los cincuenta.

De nuevo el narrador informante que desde la voz en tercera persona del editor (Fernando González), narra el momento en el que Fabricio concibe la idea del cómo realizar LA NOVELA:

Fabricio recordó instantáneamente que en la Biblia del padre Elías, escritas en las hojas en blanco que le hizo agregar al hacerla empastar de nuevo, y en las márgenes de ella, había muchas apostillas del cura, breves las unas, prolijas las otras, en que se repetía mucho este nombre: La Novela (González, 1962, p. 13).

Se establece por tanto que el material de elaboración de la Tragicomedia del certamen tendrá su materia prima en las notas escritas por el padre Elías; esto permite entender que LA NOVELA o tragicomedia de LA VIDA, se constituye a partir de las experiencias del párroco, así Fabricio no tendrá que inventar, simular o imitar acciones, solo tomar las vivencias allí escritas para que sea reflejada la vida misma. Frente a esto “decíase Fabricio, la novela se irá patentizando y no seré yo el que la imagine. ¡Viva! Lo otro son novelas. Tengo fe en la novela que es el Padre Elías” (González, 1962, p. 15). Esto garantizaría a Fabricio Sacristán la elaboración de la obra literaria al no ser imitación de una vida, sino la vida misma buscando cumplir con la condición del certamen para premiar la mejor tragicomedia de la vida.

Fabricio Sacristán se cuestiona por un momento si al tomar estas notas del Padre Elías acude a la tentación de venderle como lo hace Judas con Jesucristo. En esta parte de la narración se muestra por primera vez la voz de Fabricio, que en una primera persona se cuestiona y se responde con el argumento de dar a conocer al mundo al Padre Elías como tesoro local, aprobándose la toma de las notas para crear la tragicomedia que irá la concurso:



Pero esta es la tentación de vender al que es como mi verdadero padre; esto es como los treinta denarios de la tentación... Pero, no; será regalo divino para todos; hará conocer en el mundo a este tesoro entremontesino... ¿No es deber cristiano el colocar la vela en el candelabro...? (González, 1962, p. 14)

De esta manera Fabricio decide dar comienzo a la escritura de la Tragicomedia a partir de los apuntes realizados por el padre Elías el mismo día en que recibe la carta que lo convoca al certamen. Estas apostillas hechas en la vieja biblia del cura refieren dos sucesos acontecidos en la vida del Padre Elías: 1. La muerte de su primo Palillo Elías (abogado del pueblo), y 2. El encuentro con las manos de Martina la Velera. Se configuran entonces dos acciones que en oposición la primera afirma la muerte y la segunda la vida. Acciones que se convierten en ese *mundo pasional* que permite elaborar e introducir la atención, reflexión y entendimiento de la composición y descomposición del Yo del Padre Elías, que es a su vez el grueso drama del cura y su Tragicomedia.

Fernando González Ochoa, que funciona como el editor de la tragicomedia, termina su prólogo describiendo y narrando las relaciones casuales y existentes entre Fabricio y el Padre Elías, en cuanto a una identidad establecida de nuevo desde fechas de nacimiento y el ingreso al seminario; sin embargo, Fabricio no es ordenado a causa de algún defecto físico, mientras que el Padre Elías al recibir la orden sacerdotal le consuela diciendo:

Fabricio, esto te sucede porque tú serás y has sido mi alter-ego. Tú serás mi sacristán y mi inseparable aquí, allá y acullá; lo mío es tuyo y lo tuyo, mío; tu cruz es mi cruz y la mía es tu cruz, y uno solo seremos en la vida eterna: Fabricio-Elías. (González, 1962, p. 16)

La relación que muestra Fernando González aquí entre Fabricio y el padre Elías es directa y contundente, “esto te sucede porque tú serás y has sido mi alter-ego. (...) tu cruz es mi cruz y la mía es tu cruz, y uno solo seremos en la vida eterna: Fabricio-Elías” (González, 1962, p. 13).

Sin duda que se coloca de manifiesto la relación de identidad a través de ese “alter-ego”, de esa estética que permite colocar la vivencia del “otro” dentro de una certeza lógica y veraz de la acción narrada. No es un yo narrando su vivencia, sino ese diferente que la hace manifiesta y que a su vez es el mismo; de ahí que esa cruz representa la misma carga para los dos. “Es curioso, dirán, que sean como uno solo el padre Elías y Fabricio: el uno, presencia pagana; el otro, presencia de la cruz” (González, 1962, p. 16). Y sin establecer cual presencia corresponde a cada uno, deja abierto el editor Fernando González dos caminos que son el mismo y único camino, pues la presencia pagana es presencia en la cruz y viceversa. Establece una imagen aparentemente distinta entre pagana y cruz, pero que finalmente son la misma por complemento la una de la otra en la medida que la presencia pagana es existencia y la cruz el asumir de la misma. Por eso uno sólo serán en la eternidad, es decir, como existencia asumida. Macías (1999) establece en su estudio de la *Estética como Ética en las Obras Fernando González* que:

Así mismo, el término “cruz”, en cuyo simbolismo se sustenta el universo de las doctrinas cristianas, tiene también aquí el significado de camino para el caminante, Ser del ente, vida del viviente, muy cercano al sentido de la palabra destino o fatalidad en sus acepciones de uso rutinario en las tragedias griegas. “Ser siendo”, es decir, ser lo que se Es, más allá de la norma, más allá de los posibles condicionamientos y en medio de ellos. (pp. 47-51)

La Cruz se configura como camino del caminante, quien sin asumirla es ente pagano, ente sin Ser; Fabricio y el Padre Elías son así camino y caminante, alter ego que permite diferenciar

un proceso complementario a través del cual lo pagano se hace presencia en la Cruz, es decir, de cómo el caminante asume su camino y se realiza a través del mismo; por eso el “uno solo seremos en la vida eterna: Fabricio-Elías”, caminante y camino, presencia pagana y presencia en la cruz, aun cuando el universo ficcional de la narración los presente como personajes diferentes.

Termina el prólogo Fernando González editor y voz narrativa de la Tragicomedia con la que el mismo llama la explicación de cómo hubo los manuscritos y los personajes del drama y con esto la postura que revela la disposición creadora que subyace como fundamento en la creación y configuración de la Tragicomedia:

(...) así como hay que atisbar en el silencio de las noches para ver las estrellas viajeras, yo me he dado a atisbar en soledad, y he recibido en casa la visita de misteriosos viajeros. No hay tal soledad; lo que así llaman es precisamente la compañía, y viceversa.

(González, 1962, p. 19)

Esos misteriosos viajeros sin duda son visitantes de su soledad, de ese vacío que aparece cuando abandona el Yo que configura su realidad; de ahí que defina la soledad desde la compañía y a su vez la compañía desde la soledad, pues eso que lo habita en su atisbar es él mismo manifestando su voluntad creadora a partir de sus propias vivencias. Esto manifiesta de manera directa una disposición del autor-creador de la obra literaria a un dejar llenarse por las presencias de cada uno de sus personajes, implícitamente llenando lo abandonado por su Yo de escritor, dejando ser el personaje en la vida misma del autor-creador a partir de las vivencias experimentadas y guardadas en su conciencia, para que sea así la vida misma quien se manifieste a través del personaje, pero ojo, no un prestar la vida al personaje, sino un dejar revelar la vida en el personaje que llena con su presencia total y definitiva al autor a través de las vivencias y realidad del mismo.

No una imaginación, no una imitación de la vida, sino la vida misma expresada desde ese otro que resulta ser cada uno de los personajes. La obra no se crea, sino que sencillamente se realiza en la vida misma de esos otros que hablan y se convierten en realidad para el artista, a través de la vida misma de éste. Este proceso de trascendencia del Yo será aún más claro en el Segundo Capítulo que sigue a continuación, en la medida que el párroco de Entremontes logra el reconocimiento y superación del Yo que configura su existencia a través de un proceso que implica el entendimiento, pues el cura, el sacristán y F.G.O son el mismo haciendo la mejor tragicomedia de LA VIDA y así ganar la posibilidad de vivir con los “Padres Antiguos” que quizá no sea otra que la posibilidad de alcanzar la sabiduría, la iluminación o la posibilidad de la Divinidad en nosotros.

Por último quiero plantear la siguiente imagen para aclarar la relación entre artista y obra artística como punto de análisis en la estética de la Tragicomedia: Imaginemos que el artista busca la expresión de la Vida misma y buscando un espejo de cuerpo entero (el cual se configuraría como el vehículo artístico y ficcional) se coloca frente a él. Lo que ve el artista no es a él mismo sino la Vida reflejada en ese otro que está allí; ese otro reflejado es su personaje y entiende que ese reflejo no es él pero que allí está su Vida; si entendiera que el reflejo es él mismo y por tanto su Vida por simple imitación de lo que el espejo refleja, entonces se le escapa lo esencial de lo que pretende: la expresión de la Vida. Así, solo en ese vacío que deja el Yo que pretende descubrir o mostrar algo en el reflejo, es decir más allá de lo que pudiese colocarse frente al espejo, un sombrero o quizá un disfraz que pretende mostrar algo, perdería la esencia de la Vida que busca poner de manifiesto; F.G.O no se ve así mismo en el espejo, sino que se encuentra allí con diferentes presencias o formas en la potencia misma de ser la Vida a través de sus vivencias y existencia que es él y en las cuales se reconoce sin ser el reflejo. Pero para este

entendimiento falta una ficha que tiene que ver con la potencia del todo en uno. ¿Dios? De uno en todo sin medir y “entendiendo” que la infinita posibilidad de pararse y ser el todo a partir de la realidad de quien se es no es parándose frente al espejo de diferentes maneras o simulando imágenes, sino a través de la atención cuidadosa de la Vida que yace allí más allá de lo que el espejo refleja y que parte de la existencia misma de quién se levanta frente al espejo.

## **Capítulo II: De la Configuración y Descomposición del Yo**

El proceso mediante el cual se expone en la Tragicomedia el cómo se configura, descompone y trasciende el Yo, es posible en el desarrollo del Primer Acto; este corresponde al acto más largo de la Tragicomedia, con 21 escenas que refieren las notas del padre Elías hechas por él mismo en su vieja biblia y que comienzan con la narración de la muerte de Palillo Elías - su primo- y el encuentro con las manos de Martina la Velera. Son estas apostillas las que Fabricio ha escogido para comenzar la Novela que le permita ganar el certamen al que ha sido convocado y justamente las que el cura ha realizado el mismo día en que Fabricio recibió la carta. La voz que narra las acciones es la del Padre Elías en primera persona.

Durante el desarrollo de este acto, presenciamos la exposición de cómo el Yo se estructura en nosotros, es decir, esto que llamamos o referenciamos como el Yo es una estructura de la existencia que se establece como respuesta a la relación que tenemos con el mundo y la realidad; esto es posible en la medida en que el Yo se configura a partir de las diferentes reacciones que tenemos a nuestras vivencias. De esta manera, encontramos cómo el padre Elías en sus anotaciones va haciéndose consciente de sí mismo y exponiendo también el cómo ese Yo es fundamento para el drama humano, e impedimento en la realización auténtica de la existencia.

Hemos anotado que el Padre Elías reacciona inicialmente y en el transcurso de la Tragicomedia, a dos situaciones de su realidad que potencialmente diferentes, le permiten entender su Yo: la primera tiene que ver con la muerte de su primo Palillo Elías; la segunda con el encuentro o presencia de las manos de Martina la Velera. Se establece entonces dentro del universo de la Tragicomedia cierta didáctica de González al elaborar la narración del padre Elías a partir de la reflexión inicial de las vivencias de que acentúan la vida (manos de Martina), o la muerte (la de su primo Palillo).

El Yo se configura entonces, a partir de la existencia y vivencias de cada individuo, que a su vez estructura la realidad a través de lo que pensamos, sentimos o anhelamos. De esta manera, lo que determinamos como Yo se da en el espacio de la existencia, de la vida y por tanto como presencia que impregna o llena de sentido las diferentes vivencias que nos acontecen como fenómenos del existir. Así, por ejemplo, en la narración el padre Elías y su Yo que le constituye se convierte en las manos de Martina cuando tras dos años de no verla, le encuentra camino a misa, y tras cruzar saludo y algunas palabras, promete el párroco que mañana la visitará. El cura tras el pequeño encuentro reflexiona de la siguiente manera: “Iré, pero sin finalidad, porque sí, porque soy esa mano. Esa mano es mi presencia y me abrazaré a mi presencia.” (González, 1962, p. 24). Entendemos entonces que el Yo del párroco son las manos de Martina porque se convierten presencia en él, es decir, son presente que habitan el espacio y tiempo de su Yo, permitiendo establecer la relación de identidad: “porque soy esa mano”. Pero aquí podemos comenzar a entender también que la configuración del Yo en la existencia se realiza a través de un espacio que es llenado, ocupado o habitado por el Yo, y que el padre Elías identifica en el concepto de coordenada.

De esta manera para poder comprender la configuración y descomposición del Yo en la Tragicomedia, se hace relevante acercarnos y analizar los conceptos de *Coordenada*, de *Pecado Original* y de *Entendiendo*.

### **Las Coordenadas y el Pecado Original: la configuración del Yo**

Las diferentes definiciones sobre la palabra *coordenada* que podemos encontrar en la RAE tienen en común el referenciar un punto en un espacio, un plano o un eje; la coordenada determina posición en un espacio; en González la coordenada está relacionada así con el espacio vital donde deviene o sucede el Yo, es decir, las coordenadas hacen referencia al espacio y tiempo de realización del Yo; de esta manera, las coordenadas concuerdan con la presencia del Yo que reacciona, posicionándolo en un espacio tiempo que permite que el Yo suceda. Cuando el padre Elías conoce de la muerte de su primo Palillo Elías, sus coordenadas son la muerte del primo y por tanto conciencia de su propia mortalidad: “«Murió anoche Palillo Elías», díjome esta mañanita la vieja Pepa. Esto hizo reaccionar mis coordenadas (mi yo) como mortales. A esto calificamos así: «Me hizo presente la muerte mía»” (González, 1962, p.23).

Las coordenadas se realizan en este caso como espacio de la conciencia mortal en tiempo presente. El mismo padre Elías establece la identidad entre coordenadas y su Yo como se lee en la cita anterior: “esto hizo reaccionar mis coordenadas (mi yo)”. De igual manera, al acercarse a la vivencia de las manos de Martina, posiciona o identifica su Yo como coordenadas que reaccionan a la experiencia vital que le producen las manos: “Reaccionaron mis coordenadas vitales y soy impaciencia por ir...” (González, 1962, p.24). Así, cuando se entera de la muerte de su primo, las coordenadas del padre Elías son la muerte y conciencia de esta; pero al presenciar las manos de Martina, las coordenadas de su Yo son vitalidad e impaciencia por visitar a

Martina; su espacio tiempo, el punto de referencia dentro del espacio de su existencia es reacción a la realidad que percibe, es decir, sus coordenadas son el eje de su Yo que percibe y reacciona al mundo que interactúa. Las coordenadas se establecen entonces como el punto o eje que llena o referencia la reacción del Yo en espacio y tiempo de su existencia y por tanto son el mismo Yo. De ahí que el cura afirme en las anotaciones hechas en su vieja biblia: “(...) mis coordenadas (mi Yo) como mortales” o “mis coordenadas vitales”.

Detengámonos por un momento en el siguiente pasaje de la Tragicomedia que ilustra la configuración del Yo a partir de la vivencia:

### **Mi yo ahora**

¡Qué hermosas! ¡Qué vitalidad y amplitud la de esa mano que hoy es mi yo! Ancha y larga y tibia: poderío en sus proporciones y elasticidad y tibieza. ¡Mano verídica; mano de la vida! Es una ignorada hasta de sí misma. ¡Mano salutífera! ¡Mano verdadera! Pero todo esto son nombres de lo que viví y vivo, de este modo: ella extendió hacia mí su mano abierta; en la palma había un pequeño rosario; hasta entonces, mi yo era la muerte de Palillo en mí, y al ver sin ver y coger sin coger esa mano, ella fue mi yo y el mundo; mi mundo fue ella, sin por qué, ni cómo ni para qué. ¡Morí y fui la mano! ¿Será así «la muerte»? (...) Posee y muere uno, así como ella me dio la mano y la mano fui yo...

(González, 1962, p.25)

Así, la vivencia que es valorada llena la coordenada (muerte del primo Palillo o manos de Martina), configurando el Yo que se realiza y reacciona en el espacio de la existencia a través de la experiencia. Es decir, las situaciones o circunstancias potencialmente relevantes en nosotros (de acuerdo con el juicio o valoración de cada uno), se convierten en nuestro Yo; dejamos de ser algo para ser eso que llena nuestras coordenadas, nuestro espacio y tiempo de existencia: “Has de



saber que desde esta mañanita soy unas manos de muchacha, tibias, y soy también el que se descompone con su primo Palillo en el ataúd” (González, 1962, p.27)

Esta concepción del Yo también se relaciona en la Tragicomedia con la idea del Pecado Original, es decir, el Yo se establece como coordenadas de cada existencia y a su vez como *perturbación original*. Esta relación permite ser entendida desde el mundo interno del padre Elías, que desde su voz de sacerdote entiende su existencia y llena su universo interior con las diferentes nociones que le proporciona la doctrina cristiana, de ahí que el párroco de Entremontes afirme que “En todo vivimos, realizamos o consumimos el pecado original o decisión de conocer el bien y el mal.” (González, 1962, p. 37)

El pecado original por tanto, se muestra como conocimiento del bien y del mal, en la medida que es el Yo quien valora o juzga la realidad desde la experiencia o vivencias que tiene con las diferentes situaciones. Es decir, el Yo se establece como medidor de las vivencias en tanto es reacción que juzga y valora, de esta manera afirma el Padre Elías:

La reacción no dice que la mano Sea: mi reacción, mano salutífera, es un hecho y ese es mi yo. ¿Una mano sola, sin mí? Es como este ladrillo en que piso. Esta vida en la Tierra es la que tiene valores. Por estos se conoce a un hombre. (González, 1962, p. 20)

Así, la capacidad de valorar algo como bueno o malo depende de cada uno como respuesta o reacción del Yo a las vivencias al valorarlas o juzgarlas: ahí la perturbación que realiza al Yo juzgador. Así por ejemplo la razón juzga, desea, imagina o fantasea; decidimos querer algo, soñarlo o imaginarlo. Este tipo de acciones propias de la razón son el Yo que mide la realidad que experimentamos a través de las vivencias. Para el padre Elías son la *Cruz* de cada uno y el *pecado original* que ha sido heredado por quienes en el paraíso desearon conocer y

poseer la experiencia de ser como Dios, trayendo la consecuente expulsión del paraíso y fundando el drama de la existencia humana que busca, juzga, desea, mide o valora.

De esta manera y a partir de la expulsión del paraíso, el Yo que juzga, valora y razona se configura como el pecado o la perturbación original. Es decir, la expulsión del Paraíso estructura el drama humano del ser arrojados a la experiencia de existir reaccionado a través del juzgar, valorar y pensar el bien y el mal. De ahí que el párroco Elías afirme que “El yo es la reacción de la convivencia de los entes. Fuimos puestos en la Tierra (Adán) en forma granulada, o de individuos o predisposiciones, para que estos convivieran, representaran la perturbación original y entendieran... ¡Esa es La Novela...!” (González, 1962, p. 20).

Así el padre Elías identifica el Yo como predisposición a las vivencias que acontece en la realidad; predisposiciones que conforman parte de un todo (Adán), de la gran predisposición que este el primer hombre realiza al momento de querer ser como Dios. Por tanto, el entender esta naturaleza del Yo como predisposición a la realidad es precisamente el drama humano (la Novela). De ahí que el Yo que habita como medidor sea impedimento en la realización auténtica de la existencia, en tanto es predisposición a la misma.

Así, la relación entre Yo y pecado original, entre expulsión del paraíso y el drama humano de la existencia se explica cuando el padre Elías afirma: “Siempre la Perturbación Original, cuando por ella, Adán se convirtió en predispuestos puestos en la Tierra (se nace con «pecado original») para representar La Novela que Adán formó para sí: ¡conocedor del bien y del mal!” (González, 1962, p. 32).

Evidenciamos entonces, que hay una elaboración del Yo como predisposición a la realidad; tendencia heredada por Adán que en el paraíso quiso conocer el Bien y el Mal y así se predispuso en un Yo juzgador y valorador de lo bueno y lo malo, que no entiende la realidad en

la medida de su predispuesto a juzgar y valorar la misma. Así nos es heredado, “(se nace con «pecado original»)” y la parte de ese Pecado Original se realiza en cada existencia humana, fundando el drama en el cual representamos la perturbación de forma granulada, es decir, en cada existencia como parte del todo humano que somos, y desde el cual juzgamos y valoramos como bueno o malo, medidores de nuestras vivencias y por tanto de la existencia humana que en el fondo desconocemos y que desde el quehacer filosófico quizá preguntemos.

Nuestro origen está en la Perturbación Original. Ella creó esto del «yo» y «nosotros» ..., y, como sólo tenemos conocimientos de experiencias posteriores, experiencias en las cadenas..., pues todos nacemos predispuestos, nuestros conocimientos son de las reacciones de nuestra predisposición al convivir con otros predispuestos... Sabemos, pues, de la Perturbación Original, pero no conocemos nada de ella. ***La vivimos***, pero no la conocemos. Tal es la diferencia entre ***sabiduría y ciencia***. (González, 1962, pág. 44)

Así que el pecado original, el querer conocer y juzgar lo bueno y lo malo como perturbación original es el origen del “Yo”, de la conciencia medidora que nos habita, nos hace humanos y en la cual se configura el drama de lo humano. Entre el juzgar y valorar, entre el reaccionar o medir, y lo hacemos a posteriori, es decir como reacción a la realidad y las vivencias. De ahí que establezca la diferencia entre sabiduría y ciencia, pues para conocer se necesita la sabiduría, pero para juzgar y valorar la experiencia nos basta con la ciencia, con lo medible que comprueba el Yo medidor.

### **El Entendiendo, la Inteligencia o el Espíritu: La Descomposición y Superación del Yo**

Analizamos entonces que el Yo yace en cada existencia humana y se configura desde un espacio vital (coordenadas) que reacciona a las diferentes vivencias y experiencias como

herencia de la Perturbación Original de Adán, es decir, como una predisposición al querer juzgar entre el bien y el mal. Sin embargo, en el desarrollo de la Tragicomedia de González o mejor, del padre Elías, se muestra cómo este Yo es superado a través de un reconocimiento de la existencia como *nada*, que permite liberar el espacio que ocupa el Yo para dejar ser la Inteligencia, el Inefable: Dios en nosotros. Proceso que denomina González como *el entendiendo*.

Podemos establecer, que este verbo *entender* en gerundio implica la realización presente de ser el entender, es decir, la capacidad de entendimiento elaborada en un presente permanente y constante de la existencia del individuo; de ahí que el padre Elías afirma: “Pero tú, nosotros, el padre Elías y todos somos EL QUE ENTIENDE. Este no es el “yo”, pero **todos somos el que entiende**” (González, 1962, p.52). Este proceso de entendimiento es posible a través de la Inteligencia, la cual identifica a lo largo de la Tragicomedia con el Espíritu Santo, el Inefable o Dios; Henaó (1988) apunta al respecto en el estudio detallado a la obra de F.G.O que:

La vida es representación. Representación de la Perturbación Original, de lo que Adán quiso ser: dios de su mundo. El hombre conoció “el bien” y “el mal” y sólo cuando consiga superarlos y unificarlos -así como a los demás opuestos: dolor y alegría, riqueza y pobreza, belleza y fealdad...- mediante el nacer de nuevo, reconciliándose con ello, habrá trascendido su yo, glorificando su cuerpo por obra de la Inteligencia. De la Inteligencia en gerundio, que es el entendiendo. El entendiendo-liberando. “Somos el animal que tiene en gerundio la Inteligencia o Espíritu Santo”<sup>3</sup>. Por eso la Inteligencia no la conocemos ni es cognoscible; pero es vivible. El secreto está, pues en que cada uno digiera, padezca y entienda su yo, todo su yo. (p.220)

---

<sup>3</sup> Estas comillas encierran una cita directa a la Tragicomedia del Padre Elías, en el tomo II, 1962, p27.

Aquí que nos anticipemos a decir que esa trascendencia del Yo implique un dejar ser ese Dios en nosotros, o como lo refiere al final del primer acto y haciendo referencia al existencialismo sartreano que niega a Dios comparándolo con una conciencia o percepción de la existencia que no ve la salida porque niega la puerta “que es el modo de cerrarla, porque no está en el mundo mental; el que pretende abrirla con la llave que no es, la cierra del todo. La Puerta es úno mismo vacío. Cristo es úno mismo vacío. Dioses somos” (González, 1962, p.125).

Macías (1999) en referencia a la posibilidad de ese Ser en gerundio a través de la Inteligencia que habita el espacio dejado por el Yo apunta que:

“Ser siendo”, es decir, ser lo que se Es, más allá de la norma, más allá de los posibles condicionamientos y en medio de ellos. Es la búsqueda de la manifestación individual del existente desde su más profunda esencia, eso que en el lenguaje común se denomina con la palabra “autenticidad”, pero antes del desgaste de su significado por el uso cotidiano. Además de este “Ser siendo”, afirma también y junto a él, el “entendiendo”, o sea, ir ganando la conciencia de lo que se va siendo, al serlo. De acuerdo con esta comprensión, la vida de Fernando González, su devenir, fue un esfuerzo por cumplir la fórmula *Ser Siendo*, y, al mismo tiempo, su obra fue el *Entendiendo*. (pp. 47-51)

De esta manera, no es posible el entendimiento sin la presencia de lo divino en nosotros; la Inteligencia es la idea de Dios que en nosotros permite el verdadero entender a través de la disposición de la existencia (la nada) a lo espiritual; por eso el que González establezca la diferencia entre sabiduría y ciencia; la primera es Dios en nosotros que permite *el entendiendo* y la segunda condición humana del juzgar, del medir, del valorar. La existencia humana se realiza en la divinidad, pues lo otro son predisposición, ficción e idea de lo que acontece en las vivencias y padecemos en nuestra existencia.

Así, entender es Ser, el padre Elías lo deduce cuando reflexiona sobre el dar y recibir pues le ha enviado naranjas, limones y guayabas a Martina: “Hoy entendí (entender es lo mismo que ser) que dar es mejor que recibir” (González, 1962, pág.44). El Yo se descompone solo a través del entendimiento que provee la Inteligencia que es Dios en nosotros: *el entendiendo*, el cual posibilita el espacio del Ser, ya no de medir, juzgar o valorar. De esta manera la superación del Yo es posible solo a través de la realización de Dios en nosotros, el cual se elabora como *el entendiendo* o la Inteligencia en nosotros; la existencia nos provee de vivencias (la cruz) y nuestro Yo juzga y valora, conoce el bien y el mal a través de la naturaleza medidora que tenemos, pero solo el entendimiento en gerundio de tales vivencias es posible a través de reconocer la existencia como nada, para que el espacio que ocupa el Yo se libere y pueda ser la Inteligencia o el Espíritu en nosotros.

Por tanto, la superación del Yo que configura y predispone las diferentes reacciones de nuestra existencia comienza con el reconocimiento de este, con la aceptación de la predisposición tentada a juzgar, a la naturaleza humana del medir; también en el reconocimiento de la existencia como una nada que es ocupada por todo esto, es decir, por el Yo. Y aquí vale preguntar ¿cómo alcanzamos entonces esa Inteligencia, ese Espíritu y esa parte de Divinidad en gerundio y en nosotros para entender la realidad de nuestra existencia? El padre Elías entonces nos dirá a través de su Tragicomedia:

¿Sermones? «¡Sean buenos!», «¡No pequen!», «¡No se emborrachen y no forniquen, y huyan de la tentación!». No, el sermón es la patentización de la tentación que es mi vida, de las caídas que son mi vida y de la glorificación de todo ello por la oración, que es el abrirse a La Inteligencia, al Espíritu Santo, en el silencio de la nada que somos.

(González, 1962, pág. 45)

Se configura así una disposición de la existencia que permite la realización del *entendiendo*, de Dios en nosotros, de la Inteligencia a través del silencio y la oración, donde las vivencias ya no se predisponen desde el juzgar o valorar como bueno o malo, sino como la posibilidad de entendimiento de estas. No se trata de juzgar, valorar o medir las vivencias de nuestro existir, o de huir de ellas, se trata es de entender tales vivencias en un permanente presente que nos hace participes de Dios en la capacidad de la Inteligencia y entendimiento de la experiencia vital a través del silencio, de la oración y del estar atentos sin la razón medidora.

Ahora vivo que al estar siguiendo, abierto al Espíritu Santo, mi mundo pasional y mental, nacido de mis coordenadas con que nací, siendo paladeadamente esos mundos, pero atento al que entiende en mí, *al que alegra mi juventud*, al que entiende los mundos que mis coordenadas son, llevo mi cruz al Calvario, siguiendo al Cristo en mí, al que los cristianos llamamos Salvador... El nombre no importa; los nombres son habitaciones; llamémosle Inteligencia. Lo importante es entender, no el nombre. Entender es ser, y el Ser es lo que uno entiende de uno mismo. «Al reino de Dios buscadlo en vosotros mismos». (González, 1962, pág. 46 y 47)

De nuevo la identidad, la igualdad entre entender y ser, pues quién entiende Es, y a su vez Ser como entenderse así mismo. Solo podemos Ser lo que entendemos y entendemos lo que somos a través del dejar ser en nuestra nada a Dios, a la Inteligencia configurada como el Espíritu y así corresponder a la divinidad que yace en nosotros; solo es manifiesto lo divino en el dejar ser de la Inteligencia, es decir, el *entendiendo* en la existencia. Reconocer el Yo solo atribuye la capacidad humana racional que hay que dejar de lado, para que se realice Dios en mí, no como un dejar de ser lo que soy, sino como entendimiento de quien soy en el drama común de

lo humano. De lo que se halla en nosotros, en la nada que somos esperando realizarse y que el Yo impide que se realice al tejer una predisposición del querer conocer, juzgar o valorar.

Es claro también en este apartado su intención por huir del concepto de Dios, de Cristo, o del universo cristiano a pesar de identificar allí el *entendiendo*. De ahí que afirme “El nombre no importa; los nombres son habitaciones; llamémosle Inteligencia. Lo importante es entender, no el nombre” (González, 1962, pág. 47). Pues el proceso del *entendiendo* que supera el Yo es de cada existencia y por tanto el concepto pertenece a la razón que juzga o mide, pero el proceso va de acuerdo con cada experiencia o vivencia que se va *entendiendo*.

Hay que entender la vivencia no como juzgamiento ni coordenada que razona y mide, sino en Inteligencia que es Dios o espíritu en la nada que somos. Entendiendo la vivencia y no razonándola, por eso la diferencia entre “sabiduría y ciencia”, entre predisponerse y Ser, entre huir y reconocerse para entender.

Aquí, en este rincón en la noche, voy *entendiendo*, *padeciendo* y *entendiendo*.

El asombro delicioso con «esa mano» es mi condicionamiento vital, mi yo, mis coordenadas, conviviendo con unas manos; antes era otro yo, otra reacción. Así, el diablo es uno mismo.

¿Es «malo» esto? Lo malo sería huir de mí, no padecerme atentamente, *entendiendo*... Dios es en uno mismo. (González, 1962, p.29).

Aquí la disposición existencial del *entendiendo*, en tanto se genera una actitud que asume la realidad de sus vivencias, que se sitúa más allá del bien y del mal; es la experiencia que sencillamente busca ser entendida a través del padecer atento, en silencio y reflexión. Es decir, se padece (con atención a lo que pasa en sí) para ser entendido, como si fuera un ejercicio de



metacognición consigo mismo que identifica la estructura tejida por la predisposición del Yo; la Inteligencia en uno y en gerundio como posibilidad permanente de tiempo en el que se acontecen los fenómenos o las vivencias. Así las cosas o situaciones de la vida ni son buenas ni son malas, pues se puede ser el diablo en uno mismo, o Dios en uno mismo; se encuentran más allá del juicio de valor moral. Solo el entender y entenderse (en gerundio), el *entendiendo* permite a través del intelecto la realización del Ser.

Si relacionamos ese *entendiendo* con el Espíritu Santo, nos acerca González entonces, a la noción de la capacidad intelectual humana en una proyección de lo divino en nosotros. Es decir, que existe una identidad entre nuestra capacidad de inteligencia o de entendimiento y lo divino, que para González es comprensible a través de la figura de divinidad del universo cristiano. “Vivir esta vida es vivirla entendiendo la nada que es el Yo, para que sea la Luz Inefable: glorificar el cuerpo” (González, 1962, p. 31).

Aquí la experiencia mística que sucede en la existencia del ser humano, pues solo a través de entender, del *entendiendo*, se supera la conciencia del Yo que reacciona a la realidad; el entender la realidad a través de la Inteligencia en cada una de las vivencias o diferentes situaciones, es que se glorifica la existencia. De esta manera, queda establecido que el Yo es un conjunto de reacciones al mundo que percibimos y dadas por la naturaleza humana a juzgar, medir o valorar. Estas reacciones configuran la realidad de cada individualidad (la cruz) que establece con el mundo. Y solo a través del “*entendiendo*” de la inteligencia en nosotros podemos develar el sentido oculto, místico y divino de las experiencias que nos acontecen o que “padecemos” en palabras de González.

Así la experiencia de la vida se realiza en unión, identidad e igualdad con un Dios que yace en sí mismos, en cada individuo como potencia de entendimiento e intelecto que permite la

experiencia de la vida como experiencia de glorificación del cuerpo. Lo glorificamos en la medida que dejamos nuestra inteligencia y “*entendiendo*” realizarse en la conciencia antes habitada por las preconiciones, prejuicios ideas o deseos del Yo juzgador, que mide y valora la experiencia de existir. Es decir, asumimos la existencia como una nada en la medida que no realizamos juicio o medición, sino que por el contrario, en ese espacio o nada de la existencia y a través del asumir y estar atentos a nuestras vivencias se hace posible la Inteligencia que somos; mediante el silencio, la oración o reflexión lo divino aparece en nosotros como intelecto que es espíritu y no razón juzgadora. “Si oramos (nos abrimos como puertas si alas al silencio), sin medir con la nada que somos, el Inefable **aparece** en la puerta que se vive como nada: eso es la glorificación del cuerpo” (González, 1962, p. 31).

De ahí que la oración, o el silencio como acción atenta de nuestro existir se configure como espacio y disposición intelectual de reflexión y meditación en el que no existe juzgamiento o racionalidad sobre lo que somos o vivenciamos, sencillamente la conciencia se hace *silencio* que permite la realización del Ser, posibilitando el aparecer de la divinidad en nosotros y a lo que González llama el Inefable.

Se podría aquí establecer unas primeras relaciones con ese *silencio* que posibilita la conciencia de la nada que somos y el Budismo Zen, en tanto es la conciencia de la nada la que posibilita la realización de la Libertad. Con respecto a esta conciencia, se hace posible también relacionar el espacio de meditación del monje budista que silencia la conciencia a través de la meditación, y se hace espacio vacío que no es pensamiento y racionalidad en busca de la iluminación o posibilidad de manifestación de lo divino; en González yace en el interior de nosotros como capacidad de entendimiento, de inteligencia que permite el ir entendiendo la existencia y de manera directamente proporcional la posibilidad de Ser siendo.

Aquí la experiencia mística y la disolución de ese Yo que piensa, desea o razona. González (1962) a través de la voz narrativa del padre Elías nos dirá que: “Pero si somos el deseo de ser o ver al Inefable, y hacemos tales cosas para ello, entonces es el “yo”, o diablo, que desea ser el Inefable, y recomenzaremos LA NOVELA (p. 31). Es decir, que en la realización del *Entendiendo* no solo se asume una conciencia desprovista de del Yo juzgador, sino del Yo que desea Ser. No mentir es una de las sentencias que se repiten a lo largo de la Tragicomedia; se trata de un asumir atentamente la experiencia vital de la existencia para Ser y más allá del deseo de querer Ser.

### **Capítulo III: El *Entendiendo* y el Budismo Zen: Un diálogo sobre la superación del Yo.**

El Padre Elías párroco de Entremontes, protagonista de la tragicomedia aquí analizada y sujeto literario de la reflexión aquí expuesta, nos ha dejado entrever que la conciencia de mundo que llevamos en la existencia, es el resultado de una serie de reacciones de un Yo que funciona como predisposición a la realidad que experimentamos.

Mi yo es únicamente las reacciones del hombre en el tiempo todo anterior a mi nacimiento, lo cual llamo mi predisposición; (...) En resumen, soy ese complejo de reacciones confusas y de que sale una idea que deviene y que bautizo con ese nombre: «yo». Esa idea es la mente. La idea de un complejo de reacciones pasadas reaccionando ante los actuales convivientes míos. (González, 1962, p.p. 54, 55)

También, para el viejo párroco se configura que ese Yo juzgador, valorador del bien y del mal, no es otra cosa que la parte de Pecado o Perturbación Original que hemos heredado de aquel Adán que en el Paraíso quiso ser conocedor, medidor y sujeto de conocimiento al igual que Dios.

Nuestro origen está en la Perturbación Original. Ella creó esto del «yo» y «nosotros» ..., y, como sólo tenemos conocimientos de experiencias posteriores, experiencias en las cadenas..., pues todos nacemos predispuestos, nuestros conocimientos son de las reacciones de nuestra predisposición al convivir con otros predispuestos... (González, 1962, p. 44)

Sin embargo, y a través de las diferentes reflexiones de este personaje ficcional (protagonista de la obra literaria objeto de análisis de esta monografía), nos hace entender que este Yo es trascendido a partir del concepto de *Entendiendo*, que como se ha expuesto se relaciona e identifica con la idea de Inteligencia o Espíritu Santo en un espacio-tiempo dado por el presente inmediato; de ahí que el verbo *entender* se encuentre en gerundio: *Entendiendo*; es decir, que nos encontramos frente a la exposición de un proceso mediante el cual la realidad de las diferentes experiencias dadas en la vida, ya no son juzgadas, valoradas ni medidas por las mente o la razón, sino entendidas a partir de un proceso de vaciamiento mediante el cual participa nuestra conciencia de un entendimiento que se provee de una inteligencia en directa identidad con lo divino; de ahí que en la Tragicomedia del padre Elías se encuentre una equivalencia permanente entre Inteligencia y Espíritu Santo, entre entender y Dios en nosotros a partir del reconocimiento de la *nada* que somos, del vacío que implica la existencia y que llenamos con la idea del Yo juzgador, medidor del bien, del mal y valorador de todo lo que en ella pudiese acontecer.

Es a partir de este proceso del *Entendiendo* que es posible establecer relaciones coincidentes con el Budismo Zen, o de manera más directa con el Zen en tanto práctica que se despoja del Yo para alcanzar la iluminación. En el desarrollo de esta investigación no se ha encontrado referencia anterior a este tipo de relación; propongo entonces la misma a partir de la

revisión de dos autores: Thomas Merton y su texto *El Zen y Los Pájaros del Deseo* (1972) y Shunryu Suzuki en su obra *Mente Zen, Mente de Principiante* (1987). Tampoco se ha encontrado alguna referencia que permita establecer que F.G.O haya tenido contacto con el conocimiento de Filosofías Orientales y específicamente con estos autores que resultan contemporáneos al pensador colombiano. El padre, teólogo y monje cristiano Thomas Merton especialista en religión comparada es 20 años menor que F.G.O, mientras que Shunryu Suzuki maestro zen japonés es apenas 9 años menor que González. Así mismo, las obras desde las cuales se propone el siguiente análisis comparativo son publicadas posteriores a la muerte del pensador envigadeño.

La primera relación sobre la cual se llama la atención tiene que ver con la idea de un Yo que es superado en un proceso que busca alcanzar la iluminación o la verdadera percepción de la realidad, a través del reconocimiento de la *Nada* que subyace como fundamento de la existencia y que permite una conciencia verdadera, en tanto sobrepasa cualquier tipo de juzgamiento de las vivencias a cambio del entendimiento de las mismas; esto provee e implica el reconocimiento del carácter divino en la existencia humana como fundamento que posibilita la verdad, la iluminación y percepción de la vida en unidad con Dios y como manera auténtica de percibir la existencia humana. En González es el *Entendiendo*, en Thomas Merton la *conciencia pura* y en Shunryu Suzuki la *Iluminación*.

El padre Elías desde el universo literario de su existencia como cura reconoce que su Yo son las reacciones que tiene la existencia desde la conciencia juzgadora y medidora de su razón, y que para entender la experiencia de la vida reconoce que:

Vivir esta vida es vivirla entendiendo la nada que es el yo, para que sea la Luz Inefable:  
*glorificar el cuerpo.*

Si oramos (nos abrimos como puerta sin alas al silencio), sin medir con la nada que somos, el Inefable *aparece* en la puerta que se vive como nada: eso es la glorificación del cuerpo. (González, 1962, p. 31)

En ese glorificar o glorificación del cuerpo, se entiende en un trascender de la materialidad de la existencia como potencia de lo divino (glorificar) a través del reconocimiento de la *nada* que subyace en la existencia misma. También hace referencia a la acción de orar la cual puede relacionarse con la práctica Zen de la meditación como medio que permite el reconocimiento y vivencia de la existencia como una *nada* que consentiría la presencia de lo divino.

Shunryu Suzuki reconoce en *Mente Zen, Mente de Principiante* (1987) que:

Yo he descubierto la necesidad, la absoluta necesidad, de creer en la nada. Es decir, hay que creer en algo que no tiene forma ni color, en algo que existe antes que todas las formas y colores aparezcan. (...) cuando se está preparado siempre para aceptar todo lo que vemos, como algo que surge de la nada, a sabiendas de que hay alguna razón para que surja una existencia fenoménica de determinada forma y color, entonces, en ese mismo momento, se logra la serenidad perfecta. (p. 134)

Así, mientras en González el reconocimiento de la *nada* tiene que ver con un glorificar del cuerpo, en Suzuki se relaciona con una serenidad perfecta. De hecho, el concepto de la *nada* es primordial en el estudio del Zen, pues en el estudio en la electiva de Filosofía Oriental, me permito traer los apuntes de una sesión en donde se expone que: el ser verdadero procede de la nada, en la medida que permite un no pensar o esclavizarse a las ideas creadas por el Yo. De ahí que Thomas Merton (1972) afirme que “el Zen es conciencia no estructurada por formas o

sistemas particulares, una conciencia trans-cultural, trans-religiosa, trans-formal. Por lo tanto en cierto sentido “vacío” (p.16)

Y de nuevo en la historia del padre Elías encontramos cuestionamientos que hace en su vieja biblia:

¿No se dijo desde antiguo que fuimos creados de la nada? ¿Reacciones que reaccionan, nada con el soplo divino? Ese soplo no afirma ni niega la nada que uno es, sino que la va entendiendo. Cuando principiamos a entendernos como nada, principia también la glorificación del cuerpo y del mundo; nueva Tierra y nuevo Cielo. A La Inteligencia se le ha dado el nombre de Dios, de Realidad, de Ser, de Espíritu Santo, y es lo que todos somos en gerundio. (González, 1962, p. 66)

De ahí que la *nada* se configure entonces como espacio desde el cual es posible el *entendiendo*, la Inteligencia en uno, la realidad ya no como reflexión y pensamiento sino como vivencia presente que se sucede en la constante de la existencia. Por tanto, la *nada* posibilita la **naturalidad** de la cual surge la vivencia y el Ser desprovisto de cualquier predisposición o Yo, que como filtro pueda percibir la realidad. Suzuki (1987) agregaría que frente a esta posibilidad de lo natural a partir de la nada:

La mente se enmaraña con alguna otra idea, con la idea de otra persona, y uno no es independiente, no es uno mismo, no es natural. (...) Esta naturalidad es muy difícil de explicar, pero si uno puede simplemente sentarse y experimentar en la práctica la realidad de la nada, no hay necesidad de explicación alguna. Cuando proviene de la nada, cualquier cosa que se haga es natural y ésta es la verdadera actividad. En ella se tiene la

verdadera alegría de la práctica, la verdadera alegría de la vida. Todo el mundo proviene de la nada momento tras momento. (p.124)

Así se establece la percepción o conciencia de la *nada* como posibilidad de una conciencia natural de lo contingente en la existencia humana; este discernimiento o entendimiento de la realidad implica el abandono evidente de un pensamiento, valoración o juzgamiento a priori o a posteriori de aquello contingente a la existencia, es decir, de la presencia del Yo medidor que valora lo que acontece.

Aquí es donde se establece la segunda relación entre el *entendiendo* de González y la práctica Zen, en tanto la *nada* implique un estado de amencia o no mente. En la reflexión y exposición que hace el padre Elías tras ser invitado a que dicte una conferencia, reflexiona que “«El Pensador»: ¿Qué es eso que *piensa*? El Yo, el ente mental, que es un complejo abstraído, recordado de reacciones pasadas; un muerto que se erige en Ser, clasifica, propone y tapa La Vida con sus elucubraciones” (González, 1962, p.p. 70 y 71). Así, el pensamiento, o la acción de pensar elabora un velo sobre la realidad, al partir de la experiencia pasada, por eso lo de “muerto que se erige en Ser”, porque han sido reacciones o valoraciones remotas desde las cuales el Yo juzga o mide para anular la posibilidad de entendimiento de la vivencia presente; de ahí que afirme “tapa La Vida con sus elucubraciones”, pues se hace el pensamiento impedimento para percibir la vivencia o filtro que impide el conocimiento de la vida o de los fenómenos tangenciales que se dan en la misma. Tomás Merton (1972) afirmará que:

(...) la conciencia Zen no distingue ni categoriza lo que ve, según criterios sociales y culturales. No trata de asimilar las cosas a estructuras artificialmente preconcebidas. No juzga la belleza o la fealdad de acuerdo cánones de gusto; aún a pesar de que pueda poseer su propio gusto. Si aparenta juzgar y distinguir, es solo lo necesario para señalar



más allá del juicio, hacía el vacío puro. No se instala en su juicio como si fuera definitivo. No erige estructuras en torno a su juicio, para defenderlo de todo lo demás. (...)

El problema es que, mientras usted se entrega a distinguir, juzgar, categorizar y clasificar -o aún a contemplar- sobreimprime algo al espejo puro. Usted filtra la luz con un sistema, como si creyera que así mejorará la calidad de dicha luz. (p. 19)

Dicho esto, se entiende entonces la posibilidad de un no-pensar como certeza que elabora una percepción y conciencia verdadera de la realidad, en tanto no se falsea a través de las ideas del pensamiento la existencia o lo que percibimos de ella; la vida o la experiencia de existir se hace sencillamente conciencia y entendimiento de la vivencia. De esta manera, ese no-pensar es disposición a un vacío, a una vacuidad mental que permite llenarla a su vez con el entendimiento de lo que sucede. Shunryu Suzuki (1987) afirma que:

Sostenemos, pues, que la verdadera comprensión proviene de la vacuidad. Cuando se estudia el budismo, se ha de hacer “una limpieza general de la casa”. Se ha de sacar todo lo que se tiene en la mente y limpiarlo bien; (...) Pero antes de poner algo, habrá que sacar algo. Si no lo hacemos, el cuarto se llenará de trastos viejos e inútiles. (...) Se tienen varios pensamientos en la mente, uno tras otro; pero si uno quiere detener el pensar, puede hacerlo. (...) Pero mientras tenemos una idea fija o nos aferramos a alguna manera habitual de hacer las cosas, no podemos apreciarlas en su verdadero sentido. (p.p. 128 y 129)

Así, la estructura mental llena de ideas y de preconociones del pensamiento juzgan la existencia, los fenómenos que se dan en esta y por ende la Vida misma, imposibilitando la comprensión y sentido de lo que acontece. Pero aquí entonces cabe cuestionarse por ese proceso

que permite el entendimiento de la realidad si enfrentamos la existencia con una vacuidad de pensamiento y una conciencia de nada en el existir; es decir, si nos despojamos de ese Yo juzgador, racional y quizá natural pensante, lleno de ideas y prenociones que hemos adquirido a través de la experiencia misma de vivir, ¿qué es lo que nos garantiza el entendimiento de la realidad? ¿a dónde va y en dónde queda todo lo aprendido y lo que hemos conocido? Aquí entonces la tercera y última relación que establezco con el pensamiento de González a través de su Tragicomedia del padre Elías y el Budismo Zen: la realización de la Divinidad en la existencia humana; Dios en nosotros; el conocimiento que se hace Sabiduría a través del entendimiento de cada experiencia de la Vida y por ende de la existencia.

El padre Elías ha descubierto, caído en la cuenta, entendido que su existencia son las reacciones de sus coordenadas particulares de existir configuradas en un Yo. Que despojado de estas y vaciado de las predisposiciones que juzgan, miden o desean a través de la oración, el silencio y el atenderse atento a lo que pasa en sí, su Yo muere, generando el espacio para que la Inteligencia que es el Espíritu Santo en gerundio: el *Entendiendo*, le permite percibir la realidad de sus vivencias de una manera más auténtica, de una manera de existir verdadera en tanto no se hace negación o simulación de la realidad, sino entendimiento de la propia existencia. Así y a través de las notas que hace en las hojas que mandó a colocar cuando re empasto su vieja biblia, apunta que:

Ahora vivo que al estar siguiendo, abierto al Espíritu Santo, mi mundo pasional y mental, nacido de mis coordenadas con que nací, siendo paladeadamente esos mundos, pero atento al que entiende en mí, *al que alegra mi juventud*, al que entiende los mundos que mis coordenadas son, llevo mi cruz al Calvario, siguiendo al Cristo en mí, al que los cristianos llamamos Salvador... El nombre no importa; los nombres son habitaciones;

llamémosle Inteligencia. Lo importante es entender, no el nombre. Entender es ser, y el Ser es lo que uno entiende de uno mismo. «Al reino de Dios buscadlo en vosotros mismos» (González, 1962, p.p. 46 y 47)

Se encuentra aquí la experiencia de la potencia divina en la realización de la existencia humana a través de la capacidad de entendimiento de esta y de lo que acontece en la misma. Por eso afirma “El Atemporal nos dio el «aliento» suyo en el muñeco de barro; por eso, entender es ir siendo el Atemporal. Todo lo demás es lo que va sucediendo, hueco que es rellenado, nada que va siendo” (González, 1962, p. 48). Es la conciencia que experimenta el padre Elías de ser uno con la divinidad, en la medida que es parte corresponsal de Dios a través del aliento, de la esencia que reposa en la nada de la existencia humana; es decir, la parte de divinidad que cada humano lleva en sí, de la correspondencia entre lo humano y lo divino a través de la conciencia de vacío que implica el existir. Dicho entendimiento le lleva a componer una oración para sus paisanos:

### **Oración para los entremontesinos, compuesta hoy**

¡Convierte en vivencia del Atemporal toda mi Cruz o dialéctica de mis coordenadas! ¡Beata cruz, entonces, y beata muerte, entonces! Que la Inteligencia, llamada también Espíritu Santo, no permita que huyamos de la tentación. La vida humana es tentación: díjolo el santo Job... Este mundo no será glorificado (no se acabará) hasta que todo se cumpla. Lo dijo Él. Y Él también, como la evidencia de que era el Hijo de Dios, uno con Él: «El Padre y yo somos uno mismo porque siempre hago la voluntad de mi Padre. ¿Quién puede argüirme de “pecado”, o de

haber abandonado mi Cruz? Quien me ve, ve al Padre. El Padre y yo somos una misma cosa». (González, 1962, p.49)

La oración se configura como demanda o petición para que su existencia particular y cada una de sus vivencias (Cruz o dialéctica de sus coordenadas), se hagan vivencia de Dios (el Atemporal), donde se beatifican o santifican en la medida que no son juzgadas por la racionalidad o pensamiento medidor, valorador de lo bueno o lo malo, sino como parte de ese Dios que es esencia pura en el vacío y la nada de la existencia humana despojada de prenocción y del Yo juzgador. Una divinidad que se hace manifiesta en el entendimiento de las experiencias ordinarias y tangenciales a cada vida. Shunryu Suzuki (1987) plantea que:

El budismo existe debido a cada existencia en particular. (...) Debemos encontrar la verdad en este mundo, a través de nuestras dificultades, de nuestro sufrimiento. Ésta es la enseñanza básica del budismo. El placer no difiere de la dificultad. El bien no difiere del mal. El mal es bien. El bien es mal. Son dos caras de la moneda. Por lo tanto, la iluminación debe basarse en la práctica. (p.117)

De esta manera, se supera las prenociones del Yo medidor que viene sobre la experiencia de la existencia, a través del entendimiento de las circunstancias mismas que devienen en la vida. Así, el entendimiento (iluminación) de las diferentes experiencias solo son posibles a través de las mismas y mediante la vacuidad que provee el despojarse del Yo. Thomas Merton (1972) apunta que:

Brevemente puede decirse que esta forma de conciencia asume un tipo totalmente distinto de auto-percepción, en comparación con el yo-pensante cartesiano que resulta su propia justificación y su propio centro. Aquí el individuo se percibe como un yo-a-disolverse

dando se sí, amando, desprendiéndose, extasiándose, uniéndose a Dios: hay muchas formas de decirlo.

El yo no es su propio centro ni orbita en torno a sí mismo; su centro es Dios, que lo es también de todo lo demás, estando en “todos y en ningún lado”, donde todo se une, de donde todo proviene. Desde el mismo comienzo, esta conciencia se dirige a un encuentro con “el otro”, con el de cualquier modo ya está unida “en Dios”. (p.39)

Queda pues y después de la superación o muerte del Yo, la posibilidad auténtica de entender la existencia en cada una de sus experiencias, de la vida en cada uno de sus aprendizajes y contrastes en devenir espacio temporales, a travesados por ese parte de Divinidad, Dios, Inteligencia, Entendiendo, Iluminación, Espíritu Santo que yace en la esencia de lo humano y que hace del conocimiento sabiduría y de la Vida quizá una auténtica manera de existir.

## Bibliografía

González Ochoa, F. (1962). *La Tragicomedia del Padre Elías y Martina la Velera*.

Ediciones Otraparte. Editorial Gamma.

Henaó Hidrón, J. (1988). *Fernando González filósofo de la autenticidad*.

Editorial Universidad de Antioquía.

Macías, L. F. (1999). *La estética como ética en las obras de Fernando González*.

Revista de la Universidad de Antioquia, Número 255.

Marín Colorado, P. A. (2016). *Fernando González Política, ensayo y ficción*.

Editorial Universidad EAFIT.

Merton, T. (1972). *El Zen y los pájaros del deseo*. Editorial Kairós.

Pérez Porto, J. y Merino, M. (2015). *Definición de: Definición de agonista*.

<https://definicion.de/agonista/>

Restrepo González, A. (1997). *Para leer a Fernando González*.

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Robb, J. W. (1989). *Nueva novelística de Fernando González*.

Indiana University of Pennsylvania.

Suzuki, S. (1987). *Mente Zen, Mente de Principiante*. Editorial Estaciones.